

**30071991**

La mujer de gafas oscuras recogió su maleta y con paso seguro abandonó el aeropuerto. Con un gesto paró el taxi e, introduciéndose en él, indicó el centro como destino. El trayecto por la autovía se hizo cómodo, pese a la temperatura agobiante que reinaba en la isla a esas alturas del verano.

En silencio repasó los distintos pasos a seguir, así como los diferentes planes elaborados. Con una mirada al apearse comprobó que los demás le esperaban, una mujer y dos hombres, en la terraza del bar. Se saludaron de un modo indiferente, con dejadez, y hablaron sin preámbulos:

— Tenemos una casa aquí cerca, al lado de la plaza de toros. Allí te explicamos todo.

— Bien.

Se incorporaron e iniciaron el camino por una de las avenidas principales de la ciudad.

La casa era antigua, típica de la isla, estilo chalé, con su inevitable torreón a un lado. Estaba rodeada de una valla metálica negra, que cercaba un jardín diminuto. Las dos plantas que la formaban eran independientes. A la planta baja se accedía por la fachada principal, que incluía un enorme porche, limitado por una rotonda por un lado y una escalera, por la que se accedía a la planta superior, por el otro. Este detalle le desagradó; pero el desagrado fue mayor cuando la información se hizo más explícita.

— Tenemos alquilado solamente la planta baja. La de arriba ya estaba alquilada por unos militares de complemento.

— ¿Siguen ahí?

— Bai.

— ¿Podremos trabajar?

— Se van a las 6:30 y vuelven a las 15:00.

— Bien.

— ¿Has traído el temporizador?

— Bai. ¿Tenéis todo el material?

— Almacenado todo aquí.

Sin contestar se quitó las gafas. Se sentía cansada debido a la temperatura a la que no estaba acostumbrada. Se inclinó hacia atrás en el sillón.

— ¿Cómo está la cosa?

— Tenemos dos coches preparados. El resto del material será difícil introducirlo en el edificio.

— ¿Por qué?

— Demasiado movimiento últimamente. Mucha vigilancia por el viaje del txacurra gordo.

— ¿No hay ninguna posibilidad?

— Sólo hacer una maniobra de despiste.

— Demasiado arriesgado, no pueden pillar a nadie.

— Entonces ¿qué hacemos con todo esto?

— Lo dejaremos aquí.

— ¿Aquí?

— Para los de arriba.

La frase fue acompañada de un movimiento de cabeza.

— Pero... esos ni siquiera son profesionales...

— Son oficiales ¿no? Además, ¿dónde piensas dejar todo lo que hay aquí? Cuanto menos rastro mejor.

— Esta bien. ¿Para cuándo será?

— El día anterior al de la llegada del de la corona.

— Dentro de dos días. Hemos de empezar.

— ¿Tenéis billetes de vuelta?

— Uno para ti y otro para mí. Estos dos se quedan. No los ha visto nadie.

— Bien, empecemos. ¿Cómo están dispuestas las habitaciones de arriba?

— Una en cada esquina de la casa.

— Poned dos bombonas debajo de cada una, en medio los bidones de gasolina y en medio de estos las pastillas de cloro y la pintura.

— ¿Qué pintura y qué cloro?

— ¡Joder, compradlo esta tarde! También comprad cien metros de cable

y cuatro o cinco pilas.

— Bien, ¿algo más?

— No. Del resto me encargo yo.

Pasó la noche tranquila, pensando a ratos en la inutilidad de cuatro militares de complemento cuando podrían ser decenas de profesionales.

A las nueve de la mañana estaba todo instalado. Solo faltaba conectar el temporizador a las pequeñas baterías y al sistema de cables disperso por el suelo de la casa. Una vez terminado, programó en el reloj digital del temporizador las 5:30.

Su trabajo había terminado. Recogió sus cosas e hizo la pequeña maleta. Recogió también su billete y salió a la calle. Decidió ir andando hasta la parada de taxis de la plaza central. El agradable sol de la mañana le calentaba la piel al tiempo que pensaba en la resonancia que tendría la acción.

— Al aeropuerto.

El taxista apretó el acelerador y no miró ni una sola vez a su cliente. La mujer de gafas oscuras pagó con una pequeña propina y entró en la terminal de vuelos nacionales. En media hora estaría de nuevo en la península, con dos o tres días de descanso y después otra acción quién sabe dónde.

Al descender la escalerilla del avión lo distinguió entre la multitud que agitaba los brazos. Él siempre la esperaba, no por ella, sino por tener información de primera mano y de los posibles fallos, que serían corregidos en futuras acciones.

— ¿Cómo ha ido?

— Regular. No se pudo lo del edificio, pero quedaron dos coches y el resto del material en la casa de cuatro oficiales.

— Bien.

La mujer se acostó temprano después de la tensión de todo el día. Puso el despertador para las ocho de la mañana y se durmió rápidamente.

El zumbido del despertador la despertó sobresaltada. Lo apagó, encendió la luz y accionó el interruptor de la radio al tiempo que encendía un cigarrillo:

*“...tentado terrorista ocurrido en la capital insular. La explosión derribó la mitad del chalé, en donde en ese momento dormían dos de los cuatro militares de complemento que lo habitaban sin que haya que lamentar víctimas mortales. Poco después se localizó un coche bomba situado...”.*

Tras accionar de nuevo el interruptor de la radio se quedó sentada en la cama, con el cigarrillo a medio consumir y pensando en la enorme pérdida de tiempo que suponía una acción semejante sin que hubiese resultados efectivos.

Decepcionada por el fracaso, aplastó el cigarrillo en el cenicero y apagó la luz.